



Colette

EL TRIGO TIERNO

Traducción de José Ramón Monreal

EDICIONES  INVISIBLES



—¿Vas de pesca, Vinca?

Con un gesto altivo de la cabeza, Vincapervinca, la de los ojos color de lluvia de primavera, respondió que iba, efectivamente, de pesca. Lo atestiguaban su suéter zurcido y sus alpargatas acartonadas por la sal. Ya se sabía que su falda a cuadros verdes y azules, que tenía ya tres años y dejaba ver sus rodillas, estaba destinada a las gambas y los cangrejos. Y los dos trueles que llevaba al hombro, así como el gorro de lana hirsuta y azulada como un cardo de las dunas, ¿acaso no constituían una panoplia de pesca?

Vinca dejó atrás al chico que le había interpelado a voz en grito. Bajó hacia el roquedal, a grandes zancadas de sus piernas de alambre y bien torneadas, color terracota. Philippe la miraba caminar, comparando a la Vinca de aquel año con la de las últimas vacaciones. ¿Es que no va a terminar de crecer? Ya es hora de que pare. Pero no tiene más carnes que el

año pasado. Sus cabellos cortos le revolotean en torno como paja lacia y bien dorada, que ella deja crecer desde hace cuatro meses, pero que es imposible recoger en trenzas ni rizar. Tiene las mejillas y las manos tostadas por el sol, el cuello blanco como leche bajo sus cabellos, la sonrisa forzada, la risa explosiva, y aunque cierra estrechamente, sobre su pecho inexistente, blusas y jerséis, se arremanga todo lo que puede faldas y pantalones para bajar al agua, con la serenidad de un niño...

El compañero que la espiaba, tumbado sobre la duna de la que asomaban largas briznas de hierba, acunaba sobre sus brazos cruzados su barbilla dividida por un hoyuelo. Él cuenta dieciséis años y medio, por lo tanto Vinca tiene quince y medio. Toda su infancia los ha unido, pero ahora la adolescencia los separa. Ya el año pasado se respondían agriamente, con pullas cargadas de sobreentendidos; ahora se hace entre ellos un silencio tan pesado que ambos prefieren poner cara de pocos amigos al esfuerzo que exige la conversación. Pero Philippe, que es sutil, nacido para la caza y el engaño, rodea de misterio su mutismo, y se protege contra todo cuanto le moles-

ta. Esboza gestos desencantados, arriesga unos «¿Y esto para qué? Tú no puedes comprender...», mientras que Vinca lo único que sabe hacer es callar y sufrir por lo que calla y por aquello de lo que quisiera enterarse, y ponerse rígida contra el instinto precoz e imperioso de darlo todo, contra el temor a que Philippe, que cambia de día en día y es más fuerte a medida que pasa el tiempo, acabe rompiendo el frágil vínculo que cada año, de julio a octubre, le trae de vuelta al espeso bosque abocado al mar y a las rocas cubiertas de cabellos de fuco negro. Tiene ya una manera funesta de mirar a su amiga fijamente, sin verla, como si Vinca fuera transparente, fluida, negligible...

Quizá sea el próximo año cuando ella caiga a sus pies y le diga palabras de mujer: «¡Phil!, no seas malo... Yo te amo, Phil, haz de mí lo que quieras... Dime algo, Phil...». Pero este año todavía tiene la dignidad arisca propia de los niños, presenta resistencia, una resistencia que no es del agrado de Phil.

Phil observaba a la tranquila y graciosa muchacha, que bajaba a esa hora hacia el mar. Sentía casi más ganas de azotarla que de acariciarla, porque

quería que fuera confiada, prometida a él solo, y estuviera disponible como esos tesoros de los que se avergonzaba: pétalos secos, canicas de ágata, conchas y semillas, estampitas, el relojito de plata...

—¡Espérame, Vinca! ¡Vengo contigo a pescar!
—gritó.

Ella demoró el paso sin darse la vuelta y Phil la alcanzó en dos saltos y se apoderó de uno de los trueles.

—¿Por qué has cogido dos?

—He cogido el pequeño copo para los agujeros estrechos, y luego mi truel, como de costumbre.

Phil clavó en los ojos azules los suyos, negros, más dulces.

—Entonces, ¿uno no era para mí?

Y al mismo tiempo que le ofrecía la mano para franquear el incómodo corredor entre las rocas, la sangre afluyó bajo el bronceado de las mejillas de Vinca. Un gesto nuevo, una mirada nueva bastaban para turbarla. Ayer sin ir más lejos recorrían juntos los acantilados, sondeaban los agujeros uno al lado del otro, corriendo cada uno sus riesgos... Desenvuelta como Phil, Vinca no recordaba haber requerido su ayuda...